

Ramón Chao.—¿Por qué ha decidido ahora, cerca de diez años después de la muerte del "Che", publicar un libro sobre él? (1).

Ernesto Guevara.—Siempre fuimos reacios, toda la familia, a escribir sobre Ernesto. Pensamos que su figura debe salir por sí misma, sin apoyos familiares. Pero esto sirvió para que una cantidad de gente se aprovechara, y escribiera lo que le diera la gana. Y así se llenó el mundo de "biografías", de "diarios" y de panfletos, llenos de mentiras absolutas, y destinados a oscurecer su figura, cuando no a mitificarla, que viene a ser lo mismo.

R. Ch.—¿Cuáles, por ejemplo?

E. G.—Por ejemplo, unas que repite un autor español ahora, y que se han dicho no sé cuánto: resulta que yo era tan bestia, que para que mi hijo saliera espartano, le bañaba en agua con hielo cuando tenía tres o cuatro años. Y lo repite un médico en un libro español.

R. Ch.—Buena; eso es anecdótico, y si fuera cierto, hubiera dado buen resultado.

E. G.—Parece que sí; además eso no sería nada, porque el que yo le bañase o dejase de bañar, la culpa era mía, ¿no? Pero es una mentira muy insidiosa, pues quiere hacer creer que el "Che" era un **superman**, y que sólo los hombres excepcionales pueden hacer la revolución. Y hay cosas aún peores, y es que han cambiado la ideología del "Che". El aparecía ya como un hombre afortunado, como un aventurero. Dos periodistas han ido propagando esta imagen: Ricardo Rojo, que es de la CIA, y Hugo Gambini, para mí más de la CIA que el otro. Recuerdo que a Gambini le preguntaron por la televisión argentina por qué el "Che" se había metido en la guerrilla con Fidel, y Gambini contestó: "Para no pasar por maricón".

R. Ch.—Eso es demasiado burdo...

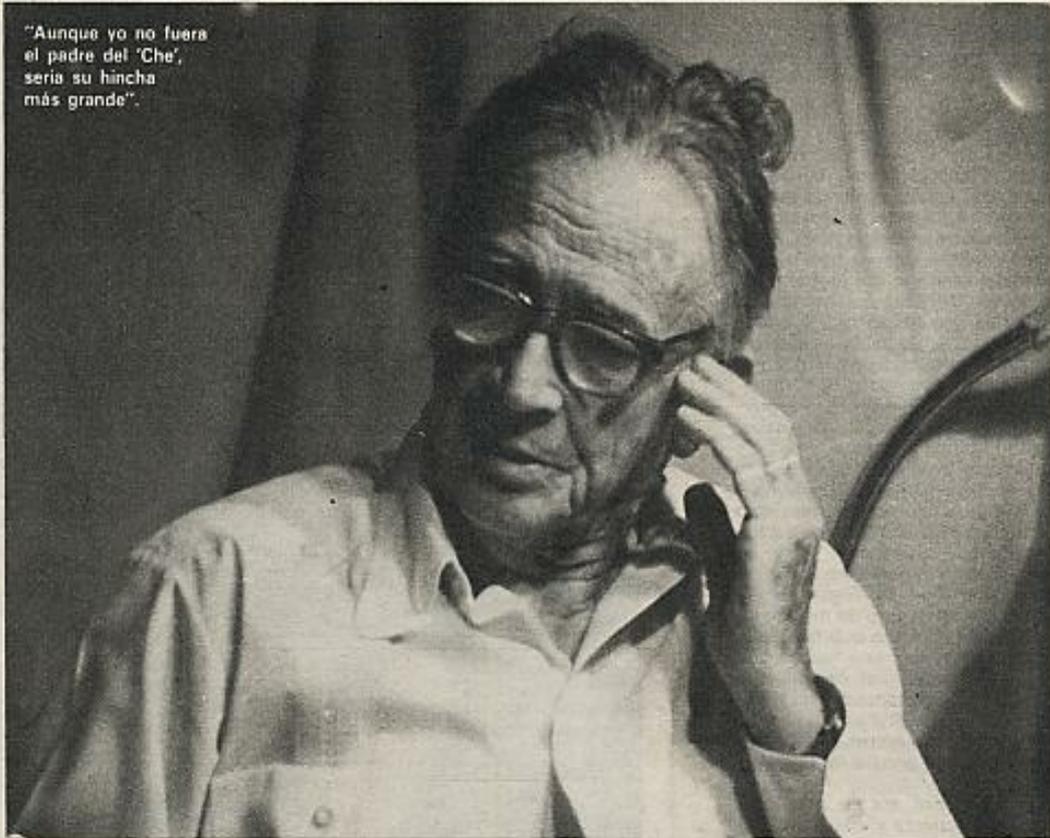
E. G.—Ya; pero fue la gota de agua que me hizo perder la paciencia. Entonces publiqué una carta preciosa de Ernesto en donde él me explica a mí por qué entra en la guerrilla, en donde me dice "conoció a un revolucionario que se llama Fidel Castro, y estamos en esta lucha, y en esta lucha venceremos o moriremos...". Es decir, que yo estaba metido en el movimiento, y sabía muy bien lo que quería y por qué lo hacía.

R. Ch.—Usted quiere, pues, restablecer la verdad histórica sobre el "Che", luchando contra esa imagen mítica que se le quiere dar en occidente. ¿Cuál es la verdad que usted afirma?

E. G.—Buena; no solamente que no es un aventurero, sino que venía estudiando el socialismo desde muy chico. Primero en mis libros, en mi biblioteca; por ahí dicen que la primera vez que leyó a Marx fue en la biblioteca de Hilda Gadea. ¿Pero cómo es posible, si me leía toda clase de libros? Lela todo lo que yo tenía, todos mis libros de filosofía, de Medicina, materias que me apasionan; leyó a Marx, a Engels, pero también a Freud, a Adler y a Jung. Se los sabía de memoria. Pero le pusieron el rótulo de que había aprendido el comunismo en casa de Hilda Gadea.

R. Ch.—Ha habido también una sublimación del "Che" a través del erotismo. Sus fotos y carteles figuran en las habitaciones de muchas

"Aunque yo no fuera el padre del 'Che', sería su hinchita más grande".



Ernesto Guevara: desmitificar al Che

Ernesto Guevara lleva con entusiasmo los primeros setenta y tantos años que ya ha vivido; sus nuevos hijos, fruto de un segundo matrimonio, corretean por el apartamento del hotel Habana-Libre donde residen, y el más pequeño lo hace todavía a gatas. "Habla con el padre del 'Che' —me habían dicho—; va a publicar un libro sobre su hijo, que será muy importante. Además es una persona muy accesible y agradable".

Es cierto. Ernesto Guevara me recibe con mucho afecto, y muy tarde. Durante dos noches seguidas estuvimos hablando hasta las dos de la madrugada. De todo: de su hijo, de la situación en América Latina, en Cuba, en España. De esas ocho horas de conversaciones grabadas he extraído únicamente lo que se refiere a Ernesto, como dice paternalmente, menos cuando le llama, como todo el mundo, el "Che".

jóvenitas, tanto progresistas como burguesas.

E. G.—Buena, eso viene de lejos. Ya Carlos María Gutiérrez, que fue el primer periodista sudamericano que entró en la sierra, hizo un reportaje sobre Fidel Castro y Ernesto, y ya entonces escribía que la mayoría de las campesinas o muchachitas cubanas tenían el retrato del "Che" en sus cuartos. Claro, pero es que cualquier hombre joven, que viste un traje militar, que tiene su buena barba, y que tiene... bueno, las glándulas que usted sabe, enamora a las mujeres, qué duda cabe. Y claro que han explotado eso los americanos para mitificarlo. A ellos les interesa el "Che" **ido**, el "Che" de leyenda, y no el "Che"

con la antorcha en la mano, conduciendo los pueblos.

R. Ch.—¿Y cree usted que hoy está presente en la lucha guerrillera? En la Argentina, por ejemplo, que es la que hoy se manifiesta con más fuerza.

E. G.—Absolutamente. Eso se lo puedo asegurar. Especialmente en el ERP. Tal vez no tanto en Montoneros, porque Montoneros —a quienes respeto muchísimo— tienen todavía una carga pesada de la cual no han conseguido deshacerse del todo. Y es el **mito Perón**. Eso sí es un mito. Perón ya no es actual. Perón se fue. Y lo peor es que dejó una mala enseñanza, no una buena. No dejó ningún cauce. Fue demasiado egoísta. Habló

siempre de él. Ahora, el caso de Ernesto es distinto. Además, porque lo han publicado. Si usted lee "El Combatiente", verá que citan al "Che" continuamente. Y lo que escribió sobre la Tricontinental lo saben de memoria todos los del ERP. Y "La guerra de guerrillas" sigue siendo un manual. Es lógico. Ahí le está explicando cómo tiene que actuar un guerrillero, y hace un análisis completo de lo que es un guerrillero.

R. Ch.—A su entender, ¿qué tiene interés en deformar la imagen del "Che"?

E. G.—A mi entender, no; es una constatación objetiva. Cuando empecé a darme cuenta de esto, me puse a atar cabos, y comprobé que el meollo de todo estaba en los Estados Unidos, en la CIA. No es extraño: no sé si usted sabe que cuando desapareció el "Che" había veintisiete mil personas encargadas de averiguar dónde estaba y qué hacía. Se le buscaba por todo el mundo, y todo eso lo pagaba la CIA. Así que no puede extrañar a nadie que ahora traten de distorsionar su figura. Además, los norteamericanos fueron los primeros en darse cuenta del peligro que les acarrearía el "Che". Yo, desgraciadamente, me di cuenta tarde de esto. Porque desde el principio intentaron averiguar del "Che" a través mío. Durante un tiempo estuve paseando, recibiendo en mi casa, charlando en casa de amigos, con un coronel de la CIA. Yo no sabía que lo era. Me le había presentado un director de periódico. Y él me

(1) Editorial Siglo XXI, México.

Ernesto Guevara: desmitificar al Che

dijo que tenía un diario en Miami, el "Diario de las Américas". Se llamaba Jules Dubois. Me pregunta quién era Fidel Castro, de dónde venía, qué estaba haciendo mi hijo con él, qué ideas tenía Ernesto antes de salir de Buenos Aires, etcétera. Confieso que yo fui un poco cándido, pues no me di cuenta al principio. Después comprendí que ya había una organización detrás de él. Al "Che" le habían identificado como hombre de izquierdas, pero estaban desorientados. Y entonces Ricardo Rojo empieza a seguirle por toda América. Querían saber qué conexión había entre Ernesto y la Unión Soviética, y la verdad es que no había ninguna. Ideológica, y nada más. El conocía el marxismo perfectamente bien, pero no estaba enganchado en ninguna cosa. Es más, cuando le quieren enganchar, en Guatemala, se niega; porque para darle un puesto de médico en Guatemala, le dicen que tiene que engancharse en una asociación obrera o profesional dependiente directa o indirectamente del partido comunista, y él dijo que no, que cuando quisiera entrar entraría por su gusto, y no porque le presionaran.

R. Ch.—¿Eso era en mil novecientos cincuenta y cuatro?

E. G.—Sí; era mil novecientos cincuenta y cuatro. Y entonces hay alrededor del "Che" una atmósfera



de hombre misterioso, qué enjuagues tiene, de dónde viene...

R. Ch.—¿Y viene de...?

E. G.—De ninguna parte. El simplemente vio la miseria humana y la siente en carne propia. Sigue adelante con sus ideas; estudia el marxismo, el socialismo, recorre toda América, y se va dando cuenta del desastre de la clase pobre en nuestros países, es decir, de la explotación del hombre. Después de ver esto, la conclusión es sencilla. ¿Quién impone aquí la explotación brutal?: el imperialismo norteamericano.

R. Ch.—¿Cómo demuestra usted todo esto?

E. G.—Claro, le voy a decir con qué elementos, pues no es una cuestión de cariño paterno: lo más importante de mi libro son las cincuenta y tantas cartas que incluyo en él; cartas que nos escribió Er-

nesto a su madre o a mí, y que constituyen como un relato cinematográfico de su vida. En ellas nos dice todo lo que piensa. Nos enviaba una por semana; es decir, más de cincuenta por año. Este es el pivote sobre el cual rueda todo el libro, porque es ahí donde el lector empieza a darse cuenta de quién es el "Che"; cómo va evolucionando, porque fíjese usted que las cartas empiezan más o menos cuando él tiene veinte años, cuando es un chico todavía, y terminan (el primer grupo) cuando tiene veintiocho, en Guatemala. Después siguen otras cartas, que escribe ya cuando es ministro en Cuba.

"Luego, describo el clima físico y social en que se crió el "Che", pues no se puede hacer la historia de un hombre sin estos elementos. Yo fui siempre de izquierdas y mi mujer, que había estudiado en un

"Mi hijo no era un aventurero, sino que venía estudiando el marxismo desde muy chico".



colegio de monjas, no digamos. Así, que el ejemplo lo tenía en su casa. Pero lo que más impresiona a aquel chico es el contacto con la clase menesterosa. En nuestra casa de Alta Gracia conoció a obreros a los que se les pagaba muy poco, que vivían muy mal. Relato esto, y después hablo de Ernesto, de sus estudios primarios, de su desarrollo intelectual, de sus años universitarios. El hace la carrera en dos años y medio, cuando normalmente eran seis años. Trabaja con el doctor Pissani, se hace investigador y entra en la municipalidad. Después empieza a andar por todo el mundo; primero él, en motocicleta por Argentina, y luego el famoso viaje con Granados, hasta llegar a México. Entonces, ahí, nosotros sabíamos que estaban escalando picos, y pensamos: qué es esto, ¿se está dedicando al alpinismo? ¡Qué! Estaba haciendo ejercicios para entrar en la guerrilla.

R. Ch.—¿Qué les decía en las cartas entonces?

E. G.—La verdad es que, en esa época, y en ese caso preciso, nos estuvo engañando. El mismo nos lo dice, después, en una carta. "Les he estado engañando con lo de profesor". La verdad es que era medio cierto y medio mentira, porque sí que estaban para nombrarle profesor, pero él nunca pensó ser profesor de fisiología en México. Al principio ejerció, y tuvo una cantidad grande, no sé si unos cincuenta o cien enfermos de asma o de enfermedades alérgicas, a los que trató con el método del doctor Pissari, pero ya estaba metido en la guerrilla, que era lo que le interesaba. Repito que ya era marxista, ya

conocía bien América —por haberla recorrido de arriba abajo— y ya sabía muy bien lo que quería, cómo tenía que hacerlo.

R. Ch.—*Hablando del viaje con Granados por toda América Latina, creo recordar que el "Che" se mostró a veces descorazonado por la impenetrabilidad de los indios, y por la dificultad de comunicarse con ellos. En cierta ocasión estuvo varias horas en una camioneta sin lograr entrar en contacto con los pasajeros indios. Luego, en Bolivia, durante la guerrilla, se topó también con esta dificultad que resultó fatal.*

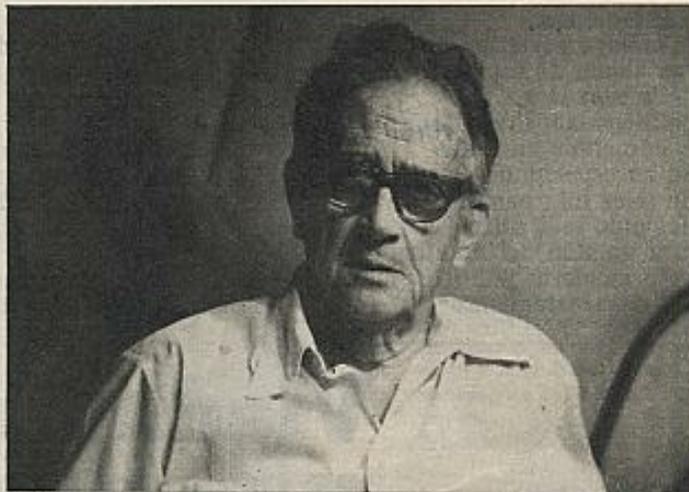
E. G.—Bueno, usted habrá leído el *Diario de Granados*, y por eso lo sabe. Pero le voy a decir que él ya conocía perfectamente esta impenetrabilidad de los indios americanos, porque durante ocho años tuvimos a una india boliviana como mucama en casa. Ahí aprendí cómo es el indio. Esa mujer conmigo no hablaba, y a mí a veces más me parecía animal que gente; si se le hablaba no contestaba, pero tenía delirio por Ernesto. Con él comunicaba perfectamente, y así aprendió a conocer al indio. Pero claro, después de lo de Bolivia, arrojó esa campaña de la que hablaba al principio, de que había sido un error, de que el "Che" había sido imprudente, etcétera.

R. Ch.—¿Entonces, usted cree que la operación de Bolivia estuvo bien concebida, y que su fracaso fue, en realidad, un accidente de guerra?

E. G.—No, señor. No fue ningún error. Estuvieron a punto de vencer. A mi juicio, hubo allí dos elementos que fallaron: uno, el partido comunista de Bolivia, que le traicionó —no solamente le impide que gente nueva o comunista entre en la guerrilla, sino que le saca la que tenía (quieren sacársela, pues no todos se fueron, y los Peredo se quedaron)—, y el otro elemento fue don Juan Domingo Perón. Porque ese hombre, a quien tanto ensalzan los peronistas, se equivocó de la manera más cruda. El pudo haber sido el nuevo Bolívar de América, y el "Che" su gran ejecutor. Si en el momento en que estaba Ernesto en Bolivia le manda una cantidad de hombres, las cosas hubieran sido muy diferentes. Y no se necesitaban muchos. No sé si usted recuerda el *Diario del "Che"*, cuando dice que con cien hombres más arrasaría a Bolivia, y arrasando a Bolivia, Perú hubiera caído como una pera madura. Luego, Argentina quedaría enfocada... Cambiaría el panorama de América, y para la Historia, Perón hubiera sido el gran hombre, el gran libertador. Por orgullo, por mezquindad, no lo hizo.

R. Ch.—¿Pero hubo algún contacto, alguna petición por parte del "Che"?

E. G.—Mire; los contactos directos, no puedo asegurar que los hubiera, y Perón, por su parte, los niega. Pero indirectos sí que los hubo. Perón sabía perfectamente por dónde andaba Ernesto. Yo tengo una cinta magnetofónica, muy reveladora, donde Perón habla de Ernesto en forma despectiva y un tanto paternalista. Le tenía envidia; este general que en la vida pegó un tiro, de veras que tenía envidia de Ernesto. Fue una gran equivocación, porque aunque el "Che" había sido antiperonista en Argentina, ya no lo era, pues se había dado cuenta del valor de Perón dentro del concierto mundial de las na-



Tres imágenes de sorprendente parecido: la fotografía del cuerpo sin vida del "Che", sobre estas líneas; a la izquierda, la "Lección de anatomía de Rembrandt", y abajo, el cuadro de Mategna "Lamentaciones sobre Cristo".

ciones, y especialmente dentro de América Latina. Entonces él defendía en aquellos momentos la causa de Perón, porque creía estar atacando a los Estados Unidos. Pero es que no había tal cosa además. Todo eso fue una farsa de Perón. Entonces, como le iba diciendo, Perón cae en el error de quedarse callado y cruzado de brazos. Y los otros, en no apoyarlos. Otros factores también estuvieron en contra de él. Por eso no se pudo triunfar en Bolivia.

R. Ch.—¿No cree usted que también influyó el hecho de que muchos de los guerrilleros no fuesen bolivianos?

E. G.—Bueno, sí; eso fue muy importante, sin duda...

R. Ch.—*Por que aquí, en Cuba, había una tradición de aceptar a luchadores extranjeros, como a Máximo Gómez...*

E. G.—Hubiera sido mucho mejor que fuesen bolivianos, pero fíjese que Inti y Coco Peredo eran bolivianos, y bien bolivianos. No quiero decir que todos lo fueran..., pero los extranjeros, los cubanos, eran solamente los que estaban en el monte; pero todos los que estaban trabajando en las ciudades, los que se habían comprometido con las guerrillas, eran bolivianos. Ahora bien, ¿quién podía quejarse de esto, puesto que la gente que se llevó a Bolivia era de primera calidad como guerrilleros? ¿Y dónde se iban a encontrar en Bolivia? A los mismos Peredo les faltaba práctica. Pero claro que todos estos factores incidieron en el desastre, digamos, aunque no fue tal desastre: fue el principio de la revolución americana. Hay que recordar una cosa: para la Historia no cuentan dos, cinco o diez años; lo que importa es la explosión, y ésta se produjo en Bolivia. Fíjese usted que Sánchez, el mayor Sánchez, el hombre que lo toma prisionero, es en estos momentos uno de los hombres que están luchando más por la izquierda en Bolivia.

R. Ch.—*De todas formas, ¿está usted de acuerdo con que le falló el campesinado?*

E. G.—Hay mucho que hablar de esto, y uno podría extenderse mucho rato. El centro geográfico para la revolución era Bolivia, y el "Che" pensaba que la gente menesterosa del monte le iba a ayudar. El no se equivocó, sino que le faltó tiempo para lograrlo. No vaya usted a creer que el campesinado aquí se puso a las órdenes de Fidel Castro desde

el principio. De ninguna manera, y esto lo sabe toda la revolución. Al principio los miraban con desconfianza, y ellos tuvieron que ganarse al campesinado. ¿Y ganárselo cómo?: primero, pidiéndole comida y pagándola perfectamente bien; después, enseñándoles a leer, poniendo a los médicos a su disposición, ayudándolos de todas maneras, y matando a los guardias que los mataban a ellos. Entonces, como al año, el campesinado empieza a volcarse. Ernesto no tuvo ese tiempo ni esa suerte, porque el campesinado de Bolivia no era el campesinado de Cuba. El de Cuba tenía otra historia, y los mambises no andaban demasiado lejos; en Bolivia había doscientos o trescientos años de atraso. De todas formas, la revolución no se iba a hacer solamente con el campesinado, y había mucha gente trabajando en las ciudades. Mire lo que le digo: la Historia se va a encargar de aclarar un día si el "Che" estuvo o no estuvo equivocado.

R. Ch.—¿Qué pensaría hoy el "Che" de la evolución de sus dos países, su país adoptivo y el de su nacimiento? *Primer Cuba.*

E. G.—Bueno; como el "Che" era un marxista —tal vez un marxista muy puro— estaría sin duda casi satisfecho, sino satisfecho del todo. De esto no hay duda ninguna. Claro que esto no se lo pude preguntar nunca, pues el pobre murió antes de que este país llegase al marxismo, pero la contestación me parece lógica.

R. Ch.—¿Y en Argentina, qué haría hoy?

E. G.—Yo me imagino que estaría en el monte, estaría en Mislonos o en Tucumán, alzando las guerrillas rurales y las urbanas.

R. Ch.—¿Con posibilidades de triunfo?

E. G.—Mire, ya lo he dicho varias veces: si yo no fuera el padre del "Che", yo sería su hinchita más grande, porque a parte del cariño que le pueda tener —si él fuera un tonto yo no hubiera aplaudido tonterías— reconozco que me enseñó muchísimas cosas. Y todas las cosas que él tocó las hizo como un maestro. En todo. Incluso en la Medicina. La Medicina fue, al principio, una cosa secundaria para él. Sin embargo, Pissani, que era un sabio mundial, el mayor alergista argentino, le pedía por favor que no se fuera, y quería asociarlo a él. ■ **RAMON CHAO.** Fotos: MATO y Archivo.

